



SEGURIDAD AMBIENTAL Y SEGURIDAD SOCIAL: INSEPARABLES Y AMENAZADAS

SANTIAGO ÁLVAREZ CANTALAPIEDRA

Doctor en Ciencias Económicas, director Fuhem Ecosocial
y de la revista *Papeles de Relaciones Ecosociales y Cambio Global*



Al comienzo del tercer milenio la humanidad se enfrenta a uno de los desafíos más críticos y decisivos de su historia: el denominado «cambio global» o conjunto de transformaciones socioecológicas que amenaza con alterar sustancialmente las condiciones que permiten la vida humana tal y como hoy la conocemos. Ese conjunto de cambios ambientales de origen antrópico inciden en la estructura y el funcionamiento global del planeta¹ y, aunque incluye el cambio climático como la principal y más amenazante manifestación, no se reduce a él, pues incorpora también la hecatombe de la biodiversidad (o «sexta gran extinción»), la alteración de los ciclos naturales del nitrógeno y del fósforo, el debilitamiento de la capa de ozono estratosférico, la acidificación del agua, la utilización mundial del agua dulce, el cambio en los usos del suelo, la contaminación química y la contaminación atmosférica por aerosoles².

Estas transformaciones son de tal envergadura que se hace difícil comprenderlas. La imagen de un viaje puede ayudar a ilustrar la situación a la que hemos llegado. Así pues, hagamos un viaje en el tiempo para entender lo que representa el cambio global.

Situémonos en el origen del universo, hace 13000 millones de años, cuando se produjo la «gran explosión» (*big bang*), el instante en que surgió toda la materia y la energía que existe actualmente. Transitemos el camino desde entonces hasta nuestros días contemplando los principales hitos de la historia universal. Durante ese recorrido se formaron el sistema solar y nuestro planeta Tierra, hace unos 4600 millones de años; apareció la vida, probablemente en una fecha comprendida entre los 3000 y 3800 millones de años; más o menos 1500 millones de años después, se formaron los primeros organismos eucariotas (o eucariontes), un nuevo diseño celular que cambiaría la historia de

1 Véase VITOUSEK, P. M., «Beyond global warming: ecology and global change», *Ecology*, 1994, 75(7), pp. 1861-1876. STEFFEN, W. *et al.*, *Global change and the earth system: a planet under pressure*, Springer Science & Business Media, 2005; y DUARTE, C. M. (coord.), *Cambio Global: Impacto de la Actividad Humana sobre el Sistema Tierra*. Colección Divulgación, CSIC, 2009.

2 ROCKSTRÖM, J. *et al.*, «Planetary Boundaries: Exploring the safe operating space for humanity», *Ecology and Society*, 4(2), 2009.

la biosfera; finalmente, la aparición de nuestra especie, el *homo sapiens* (hace unos 200000 años)³.

El recorrido de este viaje muestra que la presencia del ser humano es apenas un parpadeo en la historia universal. Para verlo en toda su magnitud, hagamos un ejercicio imaginativo poniendo en relación el tiempo del cosmos con el tiempo de la humanidad. Si comprimiéramos el del cosmos (la historia del universo) en un solo año, la presencia de la especie humana solo abarcaría los últimos 400 segundos. El ser humano es efectivamente un recién llegado a la larga historia del cosmos. Si hiciéramos un ejercicio similar con el tiempo de nuestro planeta, la historia de nuestra especie *sapiens* no representaría más que veintidós minutos en ese periodo comprimido de la historia planetaria en un único año. ¿Qué ha ocurrido en la Tierra durante este breve espacio de tiempo de presencia de nuestra especie? Relativamente pocas cosas, si exceptuamos los últimos cien años. Sin embargo, este último periodo sí está siendo decisivo. Durante ese lapso, que equivale a 75 millonésimas de un segundo de la historia universal y al 0,05% de la historia de la humanidad, los seres humanos nos hemos convertido en la principal fuerza geológica del planeta, es decir, en la principal variable que explicaría el cambio global. Por esa razón se ha señalado que nuestra época reciente ha inaugurado una nueva etapa geológica: la Era del Antropoceno. El término antropoceno⁴ está sirviendo para llamar la atención acerca del hecho de que el ser humano se ha convertido en la principal fuerza que moldea en la actualidad el planeta, superando la acción de erosión del viento y el agua y los efectos de otras fuerzas geológicas internas (tectonismo, vulcanismo y sismicidad). Estamos trasformando sin control el planeta, y lo estamos haciendo muy mal, pues amenazamos con convertir Gaia (planeta vivo) en Thanatos (planeta muerto, por lo menos para una vida humana civilizada). El cambio global ha originado una crisis ecosocial global sin precedentes.

Una crisis de civilización

Con la expresión crisis ecosocial debemos entender que no existen dos crisis separadas, una social y otra ecológica, sino una única e inseparable crisis en la que se entremezclan el deterioro ecológico y social al compartir causas y

3 ARSUAGA, J. L., *Vida, la gran historia*. Barcelona: Destino, 2019.

4 PAUL, J., P. J. CRUTZEN y E. F. STOERMER, «The «Anthropocene»», IGBP Newsletter 41: 17-18, 2000.

consecuencias. Esas causas y consecuencias no se despliegan de forma uniforme, poniendo de manifiesto numerosos riesgos y conflictos a lo largo de toda la geografía mundial entre diferentes sociedades y grupos humanos (y otros seres vivos).

Se trata de una crisis sistémica, general o de civilización en la medida en que es una crisis de carácter multidimensional (ecológica, social y económica) y multiescalar (que abarca desde lo local hasta lo global, pasando por lo internacional), afectando los planos biofísico, productivo y reproductivo. Revela también que el propio sistema no es capaz de manejar las contradicciones que va acumulando. Esta carencia de respuestas a los desafíos planteados, y no solo en el plano económico, sino también desde las instituciones políticas y culturales, refuerza la convicción de la necesidad de formular nuevos paradigmas, indicando con ello que la crisis afecta también al sistema de valores, instituciones, conocimientos y costumbres que constituyen lo que suele definirse como civilización⁵.

Muchos de los acontecimientos que vivimos —pandemia, cambio climático, amenazas de crisis energética e inseguridad alimentaria, brechas de desigualdad e incrementos en el número de desplazados forzosos— podríamos verlos como manifestaciones de esta crisis de civilización que incluye vectores económicos, ecológicos, políticos y culturales que se entrecruzan y exacerban mutuamente. A su vez, las múltiples dimensiones de la crisis y sus interconexiones están íntimamente ligadas a la forma en que el capitalismo se estructura, funciona y se reproduce⁶. De ahí que la sociedad capitalista deba seguir siendo el objeto central de la crítica analítica y de la práctica emancipadora que anime cualquier transición ecosocial imaginable.

Nuestro modo de vida

En el trasfondo de esta crisis se encuentra nuestro *modo de vida*, con sus estructuras, instituciones, actores y relaciones de poder que impulsan unos flujos de materia y energía en constante expansión para poder funcionar y

5 Véase el artículo de Francisco Fernández Buey, «Crisis de civilización», en el n.º 105 de la revista *PAPELES de relaciones ecosociales y cambio global* dedicado a «La(s) crisis. La civilización capitalista en la encrucijada». FUHEM, primavera de 2009.

6 SPASH, C., *Fundamentos para una economía ecológica y social*. Madrid: Catarata/FUHEM, 2020.

reproducirse, condicionando por completo el tipo de intercambios —el metabolismo social— que se establecen con la naturaleza. Así pues, al referirnos al «modo de vida» debemos entender que se trata del característico de la civilización industrial capitalista, que ha redefinido profundamente las relaciones sociales y de género, así como el régimen de intercambios que establece una sociedad con los ecosistemas⁷.

Al conformar la sociedad, definiendo las relaciones sociales y los intercambios con la naturaleza, sus miembros participan —aunque de forma desigual— de las mismas dinámicas. Es decir, existe un único modo de vida que comparten todas las personas partícipes de esta civilización industrial capitalista. Pero también sabemos que existe una amplia variedad de niveles y estilos de consumo que comparten los miembros de una determinada clase o grupo social. Esa multiplicidad de estilos de vida vienen marcados por las desigualdades de clase, género, etnia o por las preferencias culturales e identitarias de personas y grupos sociales. Sin embargo, estas diferencias y desigualdades no nos deben hacer olvidar que descansan —al menos en las sociedades occidentales— sobre una única estructura de modo de vida⁸.

En consecuencia, el concepto de «modo de vida» no debe confundirse con el «estilo de vida» que practica un grupo social particular, sino que remite a los patrones de producción, distribución y consumo, así como al imaginario cultural y a las subjetividades fuertemente arraigadas en las prácticas cotidianas de la mayoría de la población. En este sentido, cabe entenderlo como un modo de vida hegemónico, es decir, ampliamente aceptado y arraigado política e institucionalmente y con una influencia abrumadora en las prácticas ordinarias de las personas. Prácticas y comportamientos que se generalizan en el conjunto de la sociedad y que forman parte de la cotidianidad (en la manera de alimentarse, vestirse, moverse y asentarse sobre el territorio), pero que se materializan de forma desigual y diversa en función de la posición que cada grupo ocupa en la jerarquía social y las posibilidades de que dispone.

7 ÁLVAREZ CANTALAPIEDRA, S., *La Gran Encrucijada. Crisis ecosocial y cambio de paradigma*. Madrid: Ediciones HOAC, 2019.

8 ÁLVAREZ CANTALAPIEDRA, S. y M. DI DONATO, «Consumo y crisis ecosocial global», en ALONSO, L. E. y C. J. FERNÁNDEZ RODRÍGUEZ y R. IBÁÑEZ ROJO (eds.), *Estudios sociales sobre el consumo*, Colección Academia 48, CIS, 2020, Madrid.

Se podría añadir —como hacen Brand y Wissen—⁹ que además de hegemónico ese modo de vida es también imperial, al existir fuertes vínculos entre esas prácticas cotidianas hegemónicas, las estrategias estatales y empresariales, la geopolítica internacional y la crisis ecológica, implicando un acceso a los recursos, al espacio, a las capacidades laborales y a los sumideros de todo el planeta a través de reglas económicas aseguradas mediante determinadas políticas, leyes y ejercicios de poder (tanto en la faceta violenta de fuerza coercitiva dura como en la meramente persuasiva).

En síntesis, el modo de vida no remite a una realidad social uniforme, sino a una dinámica sumamente contradictoria entre grupos sociales en la que conceptos como clase, metabolismo, conflicto y riesgo siguen siendo categorías relevantes para caracterizar y comprender su estructura y funcionamiento. Es así porque se trata del modo de vida propio del capitalismo (o si se prefiere, de la civilización industrial capitalista en cuanto que llega a redefinir las relaciones sociales y los intercambios con la naturaleza de manera global). Partiendo de esa idea de estructura social contradictoria que se asienta en determinadas condiciones sociales y naturales, la noción modo de vida permite percibir cómo las formaciones sociales capitalistas se reproducen cuando arraigan en las prácticas y en la racionalidad cotidianas. De esa forma, los antagonismos entre clases y grupos sociales quedan estructuralmente integrados (y, en ocasiones, parcialmente desactivados) en el mismo modo de vida a través de los mecanismos de reproducción que se extienden en la cotidianidad (cada vez que comemos, nos trasladamos, habitamos la ciudad u ocupamos un territorio). Finalmente, con el adjetivo imperial queremos enfatizar la dimensión global, ecológica y de género del modo de vida. La vida imperial es indisoluble de la de sus colonias, conformando una única realidad como dos caras de una misma moneda. Por consiguiente, se trata de una realidad marcada por jerarquías, dominaciones y subalternidades y, en el contexto actual de extralimitación, también por expulsiones y exclusiones. En la dialéctica de múltiples centros/ periferias que enmarca el modo de vida imperial, «para la vida en los centros capitalistas —sostienen Brand y Wissen— es decisiva la manera en que están organizadas las sociedades en otras partes, especialmente en el Sur global, y cómo configuran su relación con la naturaleza. Esto, a su vez, es la base para garantizar el traspaso de trabajo y naturaleza del Sur global necesario para las economías del Norte global. Y a su vez, el modo de vida imperial del

9 BRAND, U. y M. WISSEN, *The Imperial Mode of Living: Everyday Life and the Ecological Crisis of Capitalism*, London & New York: Verso [trad. *Modo de Vida Imperial. Vida cotidiana y crisis ecológica del capitalismo*. Madrid: Traficantes de Sueños, 2021].

Norte global contribuye de manera decisiva a estructurar en modo jerárquico las sociedades en otras partes. Hemos elegido conscientemente la expresión «en otras partes» por su indeterminación¹⁰. En este sentido, esas «otras partes» pueden no ser únicamente zonas geográficas, sino también realidades biopolíticas, de manera que la vida cotidiana queda sometida a esta situación de dependencia por razones estructurales impuestas por el capitalismo global. De que la noción de colonia trasciende a un territorio administrado por una potencia extranjera, dan cuenta María Mies y Vandana Shiva al hablar también de las mujeres y la naturaleza (y no solo de los países periféricos) como las colonias actuales del modo de vida del capitalismo global¹¹.

Doble fractura

Este modo de vida característico de la civilización industrial capitalista ha originado históricamente una doble fractura que se ha expresado y profundizado en diferentes grados (y a través de diferentes mecanismos) a lo largo del tiempo.¹² Una fractura que, como señalamos, es doble: social y metabólica.

La *fractura social* ha acompañado siempre al capitalismo. Desde su origen, la riqueza producida socialmente fue apropiada privadamente, provocando una importante dislocación social, tanto para la población campesina, desposeída por el afán señorial de cercar y privatizar los bienes comunales que constituían su medio de vida, como para la incipiente clase trabajadora que quedaba hacinada en condiciones insalubres en las barriadas industriales. Estas circunstancias hicieron que en las zonas de Europa que protagonizaron la revolución industrial no mejoraran las condiciones de vida de la mayoría de la población hasta mucho tiempo después. En las periferias o países del Sur, marcadas por una historia colonial y una inserción subordinada a los centros de la economía mundial, hoy aún sigue vigente un proceso de destrucción de economías campesinas y de desplazamiento masivo de la población hacia los

10 BRAND, U. y M. WISSEN, «Nuestro bonito modo de vida imperial. Cómo el modelo de consumo occidental arruina el planeta», *Nueva Sociedad*, n.º 279, enero-febrero de 2019, pp. 25-32.

11 MIES, M. y V. SHIVA, *Ecofeminismo (teoría, crítica y perspectivas)*. Barcelona: Icaria, 2015.

12 ÁLVAREZ CANTALAPIEDRA, S., «Repensar la economía en la crisis ecosocial. Esbozos para una transición ecosocialista», *Nuestra Bandera*, n.º 251, PCE, Segundo trimestre de 2021, pp. 33-44.

arrabales urbanos sin que exista la garantía de unas condiciones de vida decentes para amplios sectores de la población.

Karl Polanyi en su obra más conocida, *La gran transformación*, señaló que el tránsito hacia una sociedad regulada por el mercado capitalista comportaba un elevado grado de inseguridad al provocar la desaparición de las instituciones y redes tradicionales que protegían la vida de la gente de los riesgos sociales. La libertad individual en un orden autorregulado por las fuerzas del mercado, al margen de cualquier tipo de racionalidad colectiva, deja a la sociedad desprotegida:

Permitir que el mecanismo del mercado dirija por su propia cuenta y decida la suerte de los seres humanos y de su medio natural, e incluso que de hecho decida acerca del nivel y la utilización del poder adquisitivo, conduce necesariamente a la destrucción de la sociedad (...) Desprovistos de la protectora cobertura de las instituciones culturales, los seres humanos perecerían, al ser abandonados en la sociedad: morirían convirtiéndose en víctimas de una desorganización social aguda¹³.

Consentir que el mercado dirija y decida la suerte de los seres humanos y de la biosfera provoca la dislocación de la sociedad y del medio natural, enfatiza Polanyi, y tal descalabro es provocado por la mercantilización de la tierra, el dinero y el trabajo. Tratar la naturaleza o la fuerza de trabajo como mercancías es una aberración, dado que presentan características físicas y sociales peculiares que las alejan de esa condición: el trabajo es indisociable de los propios seres humanos y la tierra es la naturaleza de la que somos parte integrante. La mercantilización de estos elementos es un acto de violencia que lleva inevitablemente asociada una fractura que origina innumerables riesgos que amenazan la vida de las personas sin ofrecer una adecuada cobertura protectora.

Como vemos, esa dislocación social se puede producir tanto por procesos de desposesión (colonización, imperialismo, pillaje, etc.) como por procesos de mercantilización que llevan aparejada la disolución en las gélidas aguas del cálculo mercantil de los vínculos sociales y de las instituciones tradicionales que otorgaban protección a la gente. Esta sustitución de vínculos fraternos, de relaciones de vecindad y apoyo mutuo por relaciones mercantiles termina socavando las bases comunitarias de una sociedad al imprimir los rasgos de individualismo, privatismo y propietario tan propios del modo de vida capitalista.

13 POLANYI, K., *La gran transformación*. Madrid: La Piqueta, 1989, pp. 128-129.

La segunda fractura, estrechamente relacionada con la anterior, afecta al plano biofísico. El funcionamiento de una sociedad depende de los flujos continuos de recursos intercambiados con la naturaleza. A esto lo denominamos metabolismo socioeconómico. La fractura metabólica es el resultado de los cambios que desde la revolución industrial el capitalismo ha introducido en la forma de articular la economía con el sistema natural. El industrialismo alumbrado por el capitalismo naciente representó un cambio radical en la relación de la especie humana con el medio natural.

Con anterioridad a la Revolución industrial las sociedades se organizaban en el plano material a partir de los recursos bióticos (renovables), siguiendo un modelo de desarrollo acorde con la naturaleza, concebida no solo como el hogar que alberga la vida y proporciona esos recursos sino también como la maestra que enseña a organizarlos¹⁴. Eran sociedades que funcionaban sobre la base de fuentes energéticas renovables y apenas generaban residuos al cerrar sus ciclos de actividad. Sin embargo, ese funcionamiento basado en fuentes renovables y cierre de ciclos se fue abandonando en la misma medida en que se produjo el tránsito hacia la sociedad industrial. El industrialismo terminó imponiéndose gracias al uso indiscriminado de las fuentes energéticas de origen fósil (primero del carbón, luego del petróleo y el gas) y a una intensa actividad extractivista que hizo que la actividad económica terminara por convertirse en un proceso lineal alejado de cualquier circularidad: los recursos son extraídos de la corteza terrestre hasta su agotamiento, son transformados en bienes y servicios con destino al mercado (es decir, en mercancías) y, en el transcurso y al final de ese proceso, se generan unos residuos (sólidos, líquidos y gaseosos) que se vierten sobre la naturaleza alterando los ciclos naturales (del carbono, oxígeno, agua, nitrógeno o fósforo) y destrozando los ecosistemas.

La profundización de esta brecha metabólica ha ido avanzando conforme lo hacía un modo de vida que se mantiene únicamente sobre el extractivismo. En este sentido, Joaquim Sempere se refiere a una triple fractura¹⁵: la primera, asociada a la necesidades siempre crecientes de energía, tiene que ver con la enorme dependencia de la extracción de los recursos fósiles; la segunda, asociada al sistema alimentario, manifiesta la ruptura del ciclo biológico de la producción de alimentos: los suelos agrícolas dejan de enriquecerse con nutrientes biológicos (el estiércol animal o humano) y pasan a fertilizarse con abonos minerales (fosfatos, nitratos), que dependen de unos procesos de extracción,

14 NAREDO, J. M., *Raíces económicas del deterioro ecológico y social*. Madrid: Siglo XXI, 2006.

15 Véase el primer capítulo de su libro *Las cenizas de Prometeo*. Barcelona: Pasado & Presente, 2018.

elaboración industrial y transporte que exigen a su vez crecientes cantidades de energía. La tercera fractura se manifiesta en el expolio mineral del subsuelo para alimentar la actividad industrial (incluida la actual transición energética a las renovables): no solo se extraen de la corteza terrestre los combustibles fósiles y los nutrientes minerales de la producción agroalimentaria, sino que toda la industria —que hasta ese momento utilizaba mayoritariamente materiales biológicos (y, por tanto, renovables: madera, resina, lino, algodón, lana y fibras vegetales) o minerales abundantes (como la piedra, el barro o la arena)— pasa a depender de materias primas relativamente escasas que se encuentran muy concentradas y desigualmente repartidas por la superficie terrestre. Además, estas materias primas requieren para su aprovechamiento de una intensa actividad extractiva e importantes transformaciones fisicoquímicas, lo que da lugar a escoria y residuos tóxicos que deterioran el medio del que proceden y los hábitats que albergan la vida de la diversidad de las especies, incluida la humana, amenazando la salud y supervivencia de muchas de ellas.

Las manifestaciones de esta fractura metabólica son cada vez más amplias y sus consecuencias más profundas, mostrando y acumulando problemas a medida que pasa el tiempo. Se puede constatar recordando las preocupaciones ambientales a lo largo de las últimas décadas: en los años setenta, cuando se empezó a hablar de los límites ecológicos al crecimiento, la atención estaba centrada sobre todo en el agotamiento de los recursos; en las décadas siguientes, y ante la envergadura que ha ido adquiriendo el problema del cambio climático, la atención se ha desplazado —sin abandonar nunca la preocupación anterior— hacia la (in)capacidad del planeta para absorber los desechos y las emisiones que genera el metabolismo industrial; ahora, a partir de la pandemia, nos damos cuenta además de la importancia de una tercera arista de la crisis ecológica: el deterioro de la integridad de la biosfera, consecuencia de la afectación de los ecosistemas y de la pérdida irremisible de la biodiversidad que provoca el modo de vida dominante. Esta circunstancia ha puesto de manifiesto la importancia de poner en el centro una noción integral de la salud que combine la salud humana, con la salud de los animales y los ecosistemas¹⁶.

Así pues, las peculiaridades y consecuencias de esta fractura metabólica han ido variando y acumulándose a lo largo de la historia a medida que evolucionaba el capitalismo hasta alcanzar la dimensión de una crisis ecológica

16 La revista *Papeles de relaciones ecosociales y cambio global* dedicó su n.º 154 (verano de 2021) al análisis de las relaciones entre pandemia y crisis ecosocial. Véase también ÁLVAREZ CANTALAPIEDRA, S., «Crisis ecosocial, pandemia y, por si fuera poco, ahora la guerra», en SANZ ABAD, J. (coord.), *Salir mejores. Una hoja de ruta de emergencia*. Madrid: Ediciones HOAC, 2022.

global desde el último tercio del siglo XX, cuando la escala o el tamaño de la actividad económica capitalista alcanza dimensiones planetarias gracias a la globalización económica y a la generalización del modo de vida característico de la civilización industrial capitalista.

Lo mismo podemos decir en relación con la fractura social. La dislocación social provocada desde los inicios de la implantación de las relaciones de producción capitalistas se ha alimentado posteriormente —como señaló Polanyi— por los efectos de los procesos de mercantilización espuria (o de tratamiento como mercancías de ámbitos que no lo son) que el capitalismo ha requerido para su expansión. La simbiosis capitalista con el patriarcado en combinación con la globalización (mundializando lo productivo y lo reproductivo), el neoliberalismo (fomentando el individualismo y cuestionando los sistemas públicos de protección) y los cambios demográficos (envejecimiento poblacional y emigración) han provocado que en este inicio de siglo esta fractura social se exprese también en lo que conocemos como crisis global de cuidados¹⁷.

Un nuevo escenario de riesgos y amenazas

Aunque el capitalismo alberga múltiples contradicciones, la más evidente en la actualidad es la que surge del hecho de que su funcionamiento socava las bases para su propia reproducción. El capital necesita determinadas condiciones sociales y ambientales para proseguir con su senda de acumulación y, al mismo tiempo, esa tendencia a la acumulación ilimitada mina los procesos de reproducción social y ecológica sobre los que asienta sus cimientos.

Esa contradicción no anula ni desplaza otras contradicciones internas que desestabilizan al capitalismo con crisis recurrentes. Por el contrario, el capitalismo no suele resolver esas contradicciones, más bien las traslada en el tiempo y en el espacio. Sin embargo, la crisis ecosocial nos obliga ahora a prestar atención, más allá de estas dinámicas internas, a la interacción con las condiciones primordiales —externas al propio sistema económico— que posibilitan la reproducción de la existencia social. En esas fronteras entre el sistema económico y la esfera social reproductiva y los sistemas naturales se concentran en la actualidad las principales amenazas y riesgos para la seguridad humana. Representa también

17 Crisis de cuidados que tiene tanto una vertiente local como otra global, pues se transmite internacionalmente a través de las cadenas globales de cuidados y se expresa localmente a través de distintos fenómenos (cambios demográficos, «epidemias» de soledad, ansiedad, estrés o fatiga crónica como rasgos omnipresentes de una sociedad atomizada).

el espacio donde se despliegan con mayor intensidad los conflictos y las disputas más relevantes (las luchas feministas por la corresponsabilidad en los cuidados, las de ecologismo popular por los comunes, el agua, la calidad del aire, la tierra o la defensa de la biodiversidad, las de los pueblos indígenas por la defensa de su cultura, las del campesinado frente al *agribusiness*, etc.)¹⁸.

Las mencionadas fracturas sociales y metabólicas, así como las contradicciones que generan, se relacionan con un nuevo panorama de riesgos sociales y ecológicos que amenazan a los miembros de una sociedad, aunque nunca de la misma forma en virtud de la jerarquización y estratificación social. Los riesgos sobre las personas se convierten en sociales por diversas razones: en primer lugar, porque suelen tener consecuencias sociales (el perjuicio o malestar que puede provocar sobre un individuo afecta al bienestar de su familia o colectividad); en segundo lugar, porque la sociedad los reconoce como merecedores de atención pública; y, finalmente, porque esos riesgos se generan de la complejidad de una sociedad cuyas consecuencias escapan al control de cualquier persona¹⁹.

La fractura social se ha relacionado tradicionalmente con los denominados riesgos sociales. Estos se pueden clasificar conforme a tres ejes concretos²⁰: la clase social, la trayectoria vital y la herencia. A cada eje le corresponde un tipo específico de riesgo. El perfil de los riesgos de clase tiene que ver con la posición que cada persona ocupa en la división social del trabajo (las enfermedades laborales, los riesgos de accidentes y, en general, las condiciones de vida son diferentes según el tipo de ocupación y el barrio donde uno viva; es evidente que existe un cuadro de riesgos distinto para un obrero o un desempleado que para un directivo o un empresario). Los riesgos de la trayectoria vital muestran las diferencias que surgen según la edad y el género (la pobreza se concentra en niños y ancianos, a los que no se considera productivos; la precariedad es especialmente gravosa en los jóvenes y las mujeres, etc.). A su vez, los riesgos intergeneracionales muestran diferentes perfiles según las desventajas heredadas por motivos de clase, de etnia, de género, etc. Sabemos que la pobreza y el nivel educativo se hereda, dando sentido a la lucha por la igualdad de oportunidades.

18 MARTÍNEZ ALIER, J., *El ecologismo de los pobres: Conflictos ambientales y lenguajes de valoración*. Barcelona: Icaria (6.ª edición), 2021. También MIES, M. y V. SHIVA, *op. cit.*

19 ESPING-ANDERSEN, G., *Fundamentos sociales de las economías postindustriales*. Barcelona: Ariel, 2000.

20 ESPING-ANDERSEN, G., *ibidem*.

Ante estos riesgos, resulta relevante saber cuál es la cobertura protectora que ofrece la sociedad. En la medida en que los procesos de modernización hacen retroceder la comunidad y modifican la estructura familiar surge el riesgo de que las personas se queden a la intemperie y que sus oportunidades vitales se vean afectadas. Al menos en Europa el papel cobertor en la gestión de los riesgos ante la retirada parcial de la comunidad y la familia ha sido asumido en buena medida por un Estado preocupado por la protección social de sus miembros. Como los «riesgos de clase» y de «trayectoria vital» constituyen básicamente una cuestión de cuidar la salud y de seguridad en los ingresos, y los riesgos «intergeneracionales» requieren de una política de igualdad de oportunidades, la cobertura pública ha consistido básicamente en proveer una dotación de seguros contra las enfermedades, el desempleo, los accidentes y los riesgos de la vejez, además de garantizar el acceso a una educación pública que impulse la igualdad de oportunidades y permita el funcionamiento del ascensor social.

Sobre esos ejes se han construido, en sus diversas modalidades, los Estados de Bienestar en Occidente con la idea de proteger al ciudadano desde la cuna hasta la tumba. El Estado de bienestar fue inicialmente un Estado de trabajadores (básicamente varones). El vínculo entre el bienestar y el trabajo asalariado descansaba en el reconocimiento del sindicalismo y una negociación colectiva más o menos centralizada²¹. El Estado podía usar la creciente recaudación de impuestos de los ingresos primarios de los participantes del mercado laboral para crear y/o expandir los sistemas de bienestar con el objetivo de cubrir riesgos como la vejez, la enfermedad o el desempleo.

Esta seguridad interna se completaba con una seguridad externa que permitía reproducir las relaciones neocoloniales y garantizar el suministro barato y continuado de recursos naturales y la defensa de los intereses económicos nacionales. Ese ha sido durante mucho tiempo el concepto de seguridad que ha reinado en las relaciones internacionales: una seguridad estadocéntrica y militarizada²².

Sin embargo, la fractura metabólica crea otro tipo de riesgos y amenazas que precisan otro andamiaje cobertor. No son riesgos directamente vinculados al mundo del trabajo, sino al expolio de la naturaleza, a procesos

21 AGLIETTA, M., *A Theory of Capitalist Regulation: The US Experience*. London: Verso, 1987.

22 PÉREZ DE ARMIÑO, K., «La seguridad humana. Límites y potencialidades para orientar el análisis crítico y las políticas», en VV. AA, *La seguridad en el siglo XXI, desde lo global a lo local*. Barcelona: ICIP, 2018.

contaminantes, a las consecuencias catastróficas del cambio climático o de la degradación de los ecosistemas, afectando a la pérdida de medios de vida en poblaciones que se ven expulsadas así de su territorio con el concurso, en no pocas ocasiones, del Estado que sobre el papel debía protegerlas.

Muchas de estas amenazas se encuentran asociadas a procesos de acaparamiento de tierras, al extractivismo minero y energético o a la deforestación que provoca el monocultivo agropecuario. Son dinámicas de acumulación por desposesión²³ que provocan expulsiones de la población de un territorio y que suelen ir acompañados de conflictos y violencia²⁴. Se suman a estas amenazas los riesgos que surgen de la desestabilización global del clima y de la pérdida de integralidad de la biosfera, cuyas consecuencias directas y catastróficas sobre la seguridad humana se incrementan a medida que proliferan y se intensifican los eventos meteorológicos extremos (inundaciones, sequías, ciclones, olas de calor, etc.), los impactos que sobre la productividad agraria y pesquera menoscaban la seguridad alimentaria y la erosión de la biodiversidad que favorece la propagación de enfermedades infecciosas y pandemias.

Estos riesgos se solapan y combinan con los riesgos sociales creando escenarios de gran incertidumbre. El Informe de Riesgos Globales 2023 publicado por el Foro Económico Mundial el pasado mes de enero señala que las amenazas globales de índole ambiental monopolizan las preocupaciones de los encuestados²⁵. El fracaso en las estrategias de mitigación y adaptación al cambio climático, las catástrofes vinculadas a los eventos meteorológicos extremos o el colapso de los ecosistemas vienen a ocupar, por su severidad, los primeros puestos entre las principales preocupaciones relacionadas con la seguridad mundial. Según el estudio, estos riesgos emergentes (que así los llaman, aunque lleven cincuenta años en boca de ecologistas y científicos) podrían derivar en escenarios en los que converjan los conflictos geopolíticos por la escasez de los recursos con los desplazamientos forzados de la población y la polarización social.

En las Estrategias de seguridad (ya sea de la OTAN, la UE, los EE. UU. u otros países) el cambio climático, las pandemias o los flujos descontrolados de población comienzan a estar presentes invariablemente al lado de amenazas más tradicionales como los conflictos entre Estados, las armas de destrucción masiva,

23 HARVEY, D., *El nuevo imperialismo*. Madrid: Akal, 2004.

24 SASSEN, S., *Expulsiones. Brutalidad y complejidad en la economía global*. Buenos Aires: Katz, 2015.

25 Se puede consultar y descargar en la página web del World Economic Forum: <https://www.weforum.org/reports/global-risks-report-2023/>

la seguridad energética, los ciberataques, el terrorismo o el crimen organizado de carácter transnacional, algunas de ellas —como el factor microbiano o el factor atmosférico— llegando a adquirir rango de amenazas existenciales.

Seguridad humana y ambiental: hacia una conciencia eco-social de la seguridad

La irrupción de la sociedad de riesgo²⁶ y las tendencias en curso convertidas en amenazas globales²⁷ obligan a replantear la noción de seguridad. Los primeros cuestionamientos surgieron en la primera mitad de los años noventa del siglo pasado de la mano de la idea de «seguridad humana» (fuertemente asociada al enfoque de desarrollo humano propugnado por el PNUD) y los estudios críticos de seguridad (inspirados en enfoques que van desde la Teoría crítica a las corrientes postestructuralistas y sus desarrollos posteriores en enfoques postcoloniales y de género) en un contexto de profundas transformaciones en el panorama internacional (marcado sobre todo por el derrumbe del bloque soviético y la activación de una nueva ola de globalización)²⁸.

Este replanteamiento, sin embargo, no ha cristalizado aún en las necesarias instituciones protectoras. A diferencia de los riesgos sociales, para los que sí existe en el ámbito del Estado nación un sistema público de protección social —más o menos intenso y extenso según los países— para hacerlos frente, los riesgos ecosociales se encuentran todavía sin mecanismos e instituciones de aseguramiento en sus diferentes escalas.

En el plano externo, aunque proliferan las declaraciones ceremoniosas, apenas existen acuerdos de carácter vinculante y los fondos de ayuda, cuando se

26 DALY, H. *et al.*, *Crisis ecológica y sociedad*. Editorial Germania, 1997. BECK, U., *La sociedad del riesgo global*. Siglo XXI de España Editores, 2006 y *La sociedad del riesgo mundial: en busca de la seguridad perdida*. Ediciones Paidós Ibérica, 2008.

27 No solo las amenazas climáticas o las vinculadas a nuevas pandemias y crisis financieras, también las que se puedan desprender del factor demográfico, la política, la geopolítica, la inteligencia artificial u otros aspectos de la actual revolución tecnológica. Nouriel Roubini en su libro *Megamenazas* (Deusto, Barcelona, 2023) advierte sobre diez de ellas.

28 PÉREZ DE ARMIÑO, K., *op. cit.* pp. 7-28.

proponen, se ofrecen en clave fundamentalmente de «emergencia humanitaria»²⁹. Por otro lado, y aunque hemos visto que el concepto de seguridad centrado en el Estado y en la defensa militar ha estado crecientemente cuestionado desde los años noventa, se observa con preocupación cómo las nuevas amenazas están siendo esgrimidas para «securitizar» las problemáticas y «militarizar» las respuestas, al tiempo que el poder corporativo se adueña de la agenda³⁰.

En un plano interno, todo parece indicar que el Estado de bienestar no resulta suficiente y que se hace necesaria una transición a lo que se empieza a denominar Estado ecosocial. La idea sería dotar al Estado de nuevas funciones para que fuera más activo y capaz de reconducir la economía y la sociedad hacia un espacio seguro que cubra las necesidades sociales sin sobrepasar el techo ambiental, es decir, situar el bienestar en un «espacio operativo seguro y justo»³¹. Sin embargo, en ese planteamiento a veces no se resalta con suficiente

29 Es el caso de la Convención Marco de las Naciones Unidas sobre el Cambio Climático (CMNUCC), que entró en vigor el 21 de marzo de 1994. Los 197 países que han ratificado la Convención se denominan Partes en la Convención. La CMNUCC es una Convención de Río, una de las dos abiertas en la Cumbre de la Tierra de Río de 1992. Las otras dos convenciones que salieron de la Conferencia de Río son el Convenio de las Naciones Unidas sobre la Diversidad Biológica y la Convención de Lucha contra la Desertificación. Los tres están intrínsecamente vinculados. En este contexto se creó el Grupo de Enlace Mixto para impulsar la cooperación entre las tres Convenciones, con el objetivo último de desarrollar sinergias en sus actividades sobre cuestiones de interés mutuo. Ahora también incorpora la Convención de Ramsar sobre los Humedales. El 20 de noviembre de 2022, en la COP27, se acuerda crear un fondo para los países más vulnerables al calentamiento, pero la iniciativa se diluye en promesas sin concreción por la falta de compromiso financiador de los países firmantes.

30 BUXTON, N. y B. HAYES (eds.), *Cambio climático S.A.* Madrid: FUHEM Ecosocial, 2017.

31 RAWORTH, K., *Economía rosquilla*. Barcelona: Paidós, 2018. Ese «espacio operativo seguro y justo» le sirve a Max Koch para reflexionar sobre el Estado de bienestar y la toma de decisiones políticas ecosociales en contextos de postcrecimiento a partir de tres elementos clave: 1) ingresos máximos y básicos; 2) impuestos sobre la riqueza y la comida; y, 3) una reducción de los tiempos de trabajo. Véase KOCH, M., «Bienestar sin crecimiento», *Papeles de relaciones ecosociales y cambio global*, n.º 161, primavera 2023, pp. 27-37; KOCH, M., «Social policy without growth: Towards sustainable welfare states», *Social Policy and Society*, 21(3), 2022, pp. 447-459; KOCH, M. y M. FRITZ, «Building the eco-social state: do welfare regimes matter?», *Journal of Social Policy* 43(4), 2014, pp. 679-703.

claridad que conciliar la seguridad humana con el respeto a la naturaleza parece imposible sin cambiar radicalmente nuestro «modo de vida».

En el I Informe Ecosocial sobre la Calidad de Vida en España se ofrece un marco de evaluación de los aspectos más problemáticos de ese modo de vida en la sociedad española³². En ese trabajo señalamos, después de analizar sus rasgos estructurales y las principales tendencias que lo atraviesan, que ese modo de vida poco contribuye a la calidad de vida. Es así porque no garantiza a todas las personas un acceso adecuado y suficiente a los bienes socialmente necesarios, tampoco ofrece relaciones (sociales e interpersonales) significativas y gratificantes y, mucho menos, tiempo para la autonomía personal. Por otro lado, no favorece el cuidado de unos entornos —sociales y naturales— saludables y seguros. De ahí que, aunque proporciona abundancia material y ciertas comodidades, incapacita en la misma medida para hacer un uso civilizado de esa riqueza al amenazar las bases sociales y naturales sobre las que descansa la reproducción de la existencia social.

Rachel Carson, la gran divulgadora ambiental estadounidense que despertó la conciencia ambiental en su país, señalaba en su libro *Primavera silenciosa*, cuya publicación acaba de cumplir sesenta años, que:

Nos encontramos ahora en una encrucijada. Pero al revés de los caminos del poema de Robert Frost, ambos caminos no son igualmente bellos. El que nos ha traído hasta aquí es una autopista de primer orden, por la que hemos progresado a una gran velocidad, pero que nos ha llevado hasta el desastre. La opción más sensata ahora es abandonar el confortable tránsito hacia la catástrofe y tomar otro camino: el de ese sendero, mucho menos cómodo y más lento, pero que nos conduce al futuro³³.

Hemos recorrido una autopista llena de peajes y hemos pagado un alto precio por un bienestar que apenas disfruta una pequeña parte de la humanidad. Las amenazas ya no provienen de fuera, sino que habitan en nuestro modo de vida y nos acompañan en nuestras rutinas y comportamientos diarios, cada vez que nos alimentamos, vestimos, nos movemos y nos asentamos en el territorio. Es hora de emprender ese sendero que nos señaló Carson hace sesenta años y que apuntaba hacia un cambio en el modo de vida para restaurar esas dos graves fracturas —social y metabólica— que impiden la convivencia y la sostenibilidad en este hermoso planeta.

32 FUHEM, *I Informe Ecosocial sobre la Calidad de Vida en España*, 2023. Disponible en: <https://www.fuhem.es/informe-ecosocial/>

33 CARSON, R. L., *Primavera silenciosa*. Barcelona: Crítica, Biblioteca de bolsillo, 2005, p. 213.